

PERIODISMO, SENSIBILIDAD MODERNA Y MODERNIDAD LITERARIA, EL  
CASO DEL PERIÓDICO *LA UNIÓN* (1889-1890), EL SALVADOR

POR

RICARDO ROQUE-BALDOVINOS

*Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, El Salvador*

En 1889, Rubén Darío recibió del presidente de El Salvador, General Francisco Menéndez, el encargo de dirigir el periódico *La unión*.<sup>1</sup> Darío tenía apenas veinte años y era su segunda estancia en tierras salvadoreñas. Este hecho es ampliamente consignado en la propia autobiografía del autor y en biografías posteriores. De hecho, el periplo salvadoreño del poeta nicaragüense ha sido escudriñado con cierto detalle en más de una ocasión (veáse Alemán Bolaños y Huevo Mixco). Sin embargo, ninguna atención se ha dedicado al mencionado diario y, por lo tanto, su carácter innovador en la historia del periodismo y de la literatura en El Salvador ha pasado desapercibido. La obra más importante de historia del periodismo salvadoreño, la de Ítalo López Vallecillos, lo omite completamente.<sup>2</sup> *La unión* es uno de los primeros diarios que se publica en el país, lo cual constituye en sí mismo una novedad si recordamos que a lo largo del siglo XIX la frecuencia de los impresos era quincenal, semanal o, cuando mucho, dos veces por semana como fue el caso de *El pabellón salvadoreño*, su contemporáneo más ilustre.<sup>3</sup>

Este ensayo es un primer acercamiento a la inmensa riqueza documental contenida en esta publicación impresa.<sup>4</sup> No nos interesa abordarla –hemos de aclarar– desde la perspectiva de exaltación del genio poético de Darío, sino desde una óptica más cercana a los estudios culturales, donde lo literario se comprende en su intersección con otras discursividades sociales. Así, en las páginas de este periódico nos interesa examinar las modalidades concretas que el proceso mundial de modernización de finales del siglo

<sup>1</sup> Darío dedica a su segunda estancia salvadoreña los capítulos XVIII y XIX de su *Autobiografía* (66-76).

<sup>2</sup> Hemos de decir en su descargo, que no debía encontrarse en los archivos que revisó, los de la Biblioteca de El Salvador y los de la Hemeroteca Nacional.

<sup>3</sup> El diario *La unión*, dicho sea de paso, no debe confundirse con un homónimo quincenario publicado hacia 1849 y que ha sido digitalizado por el Instituto Nicaragüense de Historia.

<sup>4</sup> Una compilación casi completa de los números de este periódico se encuentra en la Sección Colecciones Especiales de la Biblioteca Florentino Idoate, s. j., de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas de El Salvador. Agradezco a la entonces directora, Dra. Katherine Miller, y a la encargada de la sección, Carmen de Góchez, las facilidades otorgadas para su consulta.

XIX adopta en Centroamérica y cómo éste afecta la constitución de subjetividades a través de la transformación de imaginarios y sensibilidades. La publicación periódica que proponemos analizar se encuentra en un terreno intermedio entre la literatura y el ámbito emergente de la comunicación masiva; por dicha razón resulta útil para detectar nuevos lugares de enunciación que vienen a reemplazar a la autoridad tradicional de la noción de polígrafo letrado y, en gran medida, prefiguran el espacio propio de la literatura del siglo XX.

Para comprender la novedad del espacio de enunciación que inaugura la literatura modernista hacemos recurso al intento de replantear la modernidad artística (y, por ende, literaria) del filósofo francés Jacques Rancière, expuesta principalmente en su obra *Le partage du sensible: esthétique et politique*. Allí expone sus ideas sobre las vinculaciones de política y estética, así como de la estética como un régimen particular del arte que genera modos de visibilidad concretos que impactan la vida social y política. Rancière emplea el término estético no en un sentido amplio y general, sino como un concepto históricamente específico, como el régimen estético del arte, es decir, como una distribución de prácticas culturales que hace, en primer lugar, hablar del arte en singular y no de las artes, y como un nuevo modo de subjetividad política vinculada al surgimiento de la sociedad de masas como entorno natural del lenguaje y a la emergencia del demos como motor de la política. El régimen estético del arte está ligado a la “indeterminación de identidades” y a la “deslegitimación de las posiciones de habla” que estos procesos generan (15, mi traducción). Para Rancière el régimen estético del arte postula “la igualdad de todo asunto” y la “negación de la necesidad entre una determinada forma y un determinado contenido” (17, mi traducción). Encontramos entonces una “comunidad de lectores”, pero una comunidad sin legitimidad, formada tan solo “por la circulación aleatoria de la palabra escrita” (17, mi traducción). Este régimen se opondría al régimen poético de las artes (en plural), que se habría preocupado de postular, a través de la doctrina clásica de las bellas artes –por ejemplo–, una correspondencia estricta y cuidadosa entre géneros discursivos y posiciones sociales. El arte moderno se preocupa por maneras de pensar con lo sensible (el *logos-pathos* presente en la *aesthesis*) y no ya con maneras de hacer (la *mimesis* de la *poiesis*) (29-32).

Este planteamiento nos ayuda a comprender mejor la novedad de la propuesta de los escritores finiseculares de Centroamérica si lo ponemos en diálogo con estudios pioneros del modernismo como los de Ángel Rama, Rafael Gutiérrez Girardot, Graciela Montaldo, Julio Ramos o Susana Rotker. Estos trabajos nos han ayudado a valorar la importancia de ese momento en la producción literaria para comprender las modalidades propias de la modernización en América Latina. Todos esos estudios, a su vez, han denunciado los estrechos marcos teóricos positivistas desde los que se ha leído la literatura modernista y han reclamado la necesidad de situar la modernización literaria en un marco más amplio de modernización sociocultural. Ramos y Rotker nos han recordado la importancia que tuvo el periodismo en la vida literaria y la novedad de la

crónica como género discursivo intermedio que permite a los lectores latinoamericanos negociar su situación en los procesos acelerados de modernización, principalmente en las grandes ciudades. Sin embargo, pocos estudios del modernismo se han dedicado a examinar a fondo los periódicos de la época y a seguirle la pista a literatos, consagrados o menores, en su quehacer como periodistas. Este primer acercamiento a *La unión* como periódico donde hay una visible y activa participación de literatos es un primer intento, modesto por cierto, de suplir esta falencia, al menos para el caso de El Salvador.

#### EXPERIENCIA MODERNA EN LA PERIFERIA DE LA PERIFERIA

El primer problema que debemos despejar es determinar si una ciudad como San Salvador, donde circuló *La unión*, tendría hacia finales del siglo diecinueve las condicionantes materiales necesarias para la emergencia de una experiencia moderna tal como ha sido tipificada en los trabajos de pensadores como Georg Simmel, Sigmund Kracauer, Walter Benjamin o Marshall Berman, para las ciudades del centro, o Beatriz Sarlo, para el caso del Cono Sur.<sup>5</sup> La respuesta fácilmente podría ser negativa si tomamos en cuenta que los cambios en la subjetividad que abordan estos estudios tienen como objeto las grandes metrópolis como París, Londres, Nueva York o, para el caso latinoamericano, Buenos Aires. Pero, en todo caso, esta constatación no debería llevarnos a afirmar lo opuesto: que nuestras ciudades seguirían reproduciendo básicamente los mismos ritmos de vida de la era colonial. Los periódicos de finales de siglo en su abigarrada configuración constituyen una magnífica radiografía de la vida urbana en toda su diversidad y complejidad y pueden ayudarnos a encontrar una respuesta intermedia, en la cual no se exagere al pensar que la vida en nuestras ciudades sería idéntica a la de las grandes metrópolis, pero tampoco se caiga en la tentación de definir las como meros vacíos urbanos e ignoremos el hecho de que estas ciudades, a su manera, ya participan de lleno en la modernización como proceso global en plena expansión.

Hay toda una línea de trabajos de reconstrucción histórica de la vida de San Salvador de *fin-de-siècle* que tienden a idealizarla al pintarla una capital de “bullente actividad intelectual” (Huezo Mixco 17; véase también Herodier). Hacia 1890, San Salvador era una ciudad relativamente pequeña pero con un entramado de vida cotidiana que se estaba viendo afectada por la creciente vinculación con el mercado capitalista mundial. Ello venía de la mano con el vertiginoso arribo de una serie de adelantos técnicos como el alumbrado público, el telégrafo, el cable, el teléfono. La misma planta urbana se había renovado, en parte como consecuencia del catastrófico sismo de 1873 que arrasó con los últimos restos coloniales de la ciudad. Pero lo que es más notorio es una acelerada

<sup>5</sup> El trabajo de Simmel viene a ser pionero al definir la experiencia moderna como una sobrecarga de estímulos sobre el psiquismo del habitante urbano y la dificultad de procesarla simbólicamente.



y nutrida circulación de mercancías y personas desde puntos cada vez más alejados del globo. Es cierto que la mayor parte de estos bienes sólo eran consumidos por un sector relativamente pequeño, pero su movimiento y, especialmente, los cambios sociales que lo hacían posible, trastocaban en grado considerable la vida del conglomerado. Debemos recordar que el desarrollo de una agricultura capitalista de plantación, en especial la dedicada al café y la caña de azúcar, estaba afectando de manera notable la vida en el campo, con los cambios en el régimen de propiedad agrícola, pero también en las ciudades, con cierta expansión de sectores intermedios (véase Browning, Lauria-Santiago y Lindo Fuentes).

Podemos pensar a la luz del creciente número de publicaciones periódicas y el nacimiento de los primeros diarios que San Salvador ha pasado a ser una ciudad lo suficientemente compleja para requerir una dosis cada vez mayor de información. Entre la información más demandada encontramos noticias, no sólo del comportamiento de los mercados, sino de los vaivenes de la política y la cultura. A la vez, en estas páginas puede constatar la presencia creciente de ciertos sujetos extraños en la cotidianidad urbana, así como la angustia que causaban a los lectores capitalinos, ya sea cuando se trata de antisociales descastados o, peor aún, de impostores capaces de ser aceptados por la buena sociedad.

Otro factor novedoso en la vida política y cultural del país es que el período del General Francisco Menéndez (1885-1890) se caracteriza por despertar expectativas de apertura democrática, de libertad de expresión y de inclusión de nuevos sectores a la ciudadanía, luego del represivo y autoritario régimen de Rafael Zaldívar.<sup>6</sup> Independientemente de que estas expectativas se vieron frustradas por la violenta interrupción de su régimen o por limitaciones que le fueran inherentes, el hecho es que en *La unión* se trasluce una discusión pública bastante abierta y una moderación considerable de la práctica ampliamente instituida en el periodismo, de entonces de culto, a la personalidad del presidente. Todas estas circunstancias serán un terreno fértil para experimentos periodísticos como los que se ensayarán en *La Unión*. Este periódico constituye un buen termómetro de los cambios en la sensibilidad y la mentalidad del público lector capitalino en el acelerado proceso de modernización de finales del siglo XIX.

#### PRECARIEDAD EDITORIAL Y NUEVO PERIODISMO

El periodismo de El Salvador, hacia 1889, tenía una larga trayectoria en la vida nacional.<sup>7</sup> Era, sin embargo, un periodismo muy distinto del que conocemos hoy. Se

<sup>6</sup> Para una visión más compleja del significado del período de Menéndez, que supera las mitologías históricas de derechas e izquierdas, consultar el libro de Patricia Alvarenga.

<sup>7</sup> Una visión panorámica y detallada del periodismo en el siglo XIX puede encontrarse en el ya clásico libro de Ítalo López Vallecillos.



había incubado en las contiendas políticas y, más que entregar “noticias”, entregaba ideas: alegatos en favor o en contra de cierto partido o personalidad política; o, en todo caso, transmitía información muy básica y práctica: decretos oficiales, cotizaciones de artículos de comercio, anuncios del público, etc. A esto debemos añadir que, por no estar consolidado un mercado de imprenta, estos impresos subsistían también a la sombra del mecenazgo de políticos poderosos. Es decir, no son estrictamente empresas comerciales que subsistan de sus ventas o anunciantes, necesitan de un patrocinador.

De esta última limitación, *La unión* no logra desembarazarse por completo. En *Autobiografía*, menciona Darío su segunda llegada a El Salvador y su reclutamiento para trabajar en el “semioficial” periódico *La unión*, patrocinado por el presidente general Francisco Menéndez para impulsar la causa unionista de Centroamérica. Se le paga “con liberalidad” y se le permite quedarse con “todo el producto administrativo” del diario (68). Tranquilino Chacón proporciona más datos al respecto, afirmando que los ingresos del periódico promediaban los dos mil quinientos pesos mensuales, pero que Darío dilapidaba parte de estos ingresos para satisfacer sus caprichos y sus ansias de reconocimiento de la alta sociedad salvadoreña (132-33). Darío también pone en evidencia la manera en que estos políticos pagan la lealtad de ciertas figuras. Aunque exalta la probidad de Menéndez, le reprocha a Carlos Ezeta la ingratitud frente a su mentor –es decir el mismo Menéndez– quien le habría “hecho toda clase de beneficio” y “enriquecido” (Darío 75). Hay por entonces una zona bastante laxa de tolerancia en lo referente al beneficio personal en el servicio público.

En definitiva, el periódico no era todavía autofinanciable pues dependía del patrocinio de un hombre fuerte de la política.<sup>8</sup> El capitalismo de imprenta todavía no se establecía en firme, pero tampoco el país quedaba del todo preso en los modelos anteriores. Había un claro interés por adaptarse a las exigencias de la modernidad.

Según se desprende de algunos estudios biográficos y de testimonio de la época, la figura de Darío en la vida del periódico es en buena medida decorativa: un nombre prestigioso del que el régimen se sirve para ganar legitimidad entre los círculos intelectuales.<sup>9</sup> Mucho más activa es la segunda fila de personalidades asociadas a la publicación. Durante sus primeras semanas de vida aparecen asociadas al periódico

<sup>8</sup> Desafortunadamente no existen datos sobre el volumen de circulación de este periódico. Tenemos indicio, eso sí, que se leía en diversos puntos del territorio nacional.

<sup>9</sup> Chacón, quien escribe sus recuerdos sobre la rutina en el periódico para el biógrafo de Darío, Gustavo Alemán Bolaños, matiza más bien estas afirmaciones: “Rubén era algo perezoso, preciso es confesarlo; pero en cambio, cuando yo lograba que escribiera, era un omnipotente; qué difícil facilidad para sus producciones; cómo corría su lápiz prodigioso, con la rapidez de su pensamiento, y al concluir no había renglón que no fuera una filigrana literaria” (117). Más adelante asevera que “[l]a perezosa de Rubén, a la que antes me he referido, era relativa porque siempre intervenía en la redacción del diario, y con frecuencia hacía observaciones, que por lo atinadas había que aceptar, y, lo repito, cuando él empuñaba la pluma, su labor superaba a otra cualquiera” (122).

figuras eminentes de intelectuales afincados en El Salvador. El primer redactor en jefe es Rafael Reyes, quien sólo dura unos días para ser reemplazado por Santiago I. Barberena. Estos dos intelectuales son polígrafos letrados, es decir, intelectuales en el sentido más tradicional.<sup>10</sup> Barberena además de escritor, es un reputado hombre de ciencia que publica sobre matemáticas, demografía, astronomía, antropología y todas las ramas del saber imaginables. No es de extrañar que durante su corto tiempo de gestión trate de impulsar la ilustración de ideas científicas desde el periódico. Pero, a los pocos meses, se separa de la empresa y es reemplazado por Tranquilino Chacón, un periodista de nacionalidad costarricense que después dejaría testimonio de esta aventura profesional y de su relación con Rubén Darío. Hasta entonces había fungido como “cronista” del periódico. Chacón tiene una visión muy innovadora del oficio periodístico y la pondrá en práctica junto a un equipo de colaboradores como el colombiano Gabriel Ortega, taquígrafo, y el “repórter” –más tarde administrador– Roberto C. Bone. Todos ellos transforman *La unión* en una publicación dinámica a la caza de novedades, que le imprime un sentido de espectacularidad y entretenimiento del que carecían totalmente sus competidores.

#### SENSACIONALISMO, ESCUELA NATURALISTA Y RÉGIMEN ESTÉTICO DEL ARTE

En buena medida, *La unión* seguirá todavía el formato y los géneros discursivos del periodismo tradicional de ideas, pero dará vistosos y atrevidos saltos hacia lo nuevo. De una primera revisión, la estructura de *La unión* puede parecer un tanto extraña para nuestros referentes contemporáneos del periodismo. Trae un editorial, algunos artículos polémicos y crónicas, pero comienza ya a incluir noticias telegráficas de la capital y de los departamentos, lo que supone la colaboración de corresponsales y suscriptores ubicados en distintos puntos del territorio. Contiene también noticias muy breves del acontecer mundial. Por supuesto no faltan, como era frecuente en las publicaciones de entonces, información sobre defunciones, entradas y salidas de pasajeros, precios de productos en la bolsa y otras noticias útiles. Incluye, finalmente, una novela en formato de folletín y avisos pagados en las últimas páginas. No obstante esta estructura un tanto vacilante, *La unión* da muestras claras de su vocación de modernidad y constituye un paso en firme en el tránsito del periodismo de ideas al periodismo de información.

Dentro de sus dimensiones atávicas se encuentra la centralidad que juega el editorial, el cual aparece siempre como primer componente del periódico plenamente destacado y seguido de una serie de trabajos de opinión que comentan el acontecer político y, directa o indirectamente, sustentan la posición del patrocinador del periódico. Las cuatro páginas de gran formato que este periódico debe llenar a diario demandan, sin

<sup>10</sup> La distinción entre el polígrafo letrado y el literato, como explico más adelante, la he tomado de Julio Ramos.



embargo, la búsqueda de cada vez más información. Y aquí sus redactores dan pruebas de gran inventiva. De manera progresiva, no sólo reaccionan con opiniones meditadas al acontecer político como era la costumbre, sino que comienzan a ofrecer noticias sobre el acontecer nacional, y van todavía más allá al comenzar a crear sucesos mediáticos, algunos de los cuales si bien carecen de relevancia política logran captar la atención de los capitalinos, explotando el morbo en lo truculento y escabroso, con los tópicos propios del periodismo sensacional moderno.

Uno de los sucesos ampliamente cubiertos por *La unión* es el incendio del Palacio Nacional al que se dedica mucho espacio en la edición del jueves 21 de noviembre de 1889. En el trabajo periodístico de los redactores es notorio el esfuerzo por reproducir, más que la objetividad, la inmediatez vivencial. Es decir, transmitir a los lectores la vividez de hechos dramáticos tal como los experimentaron quienes fueron testigos de primera mano. Aquí aparece como género novedoso la entrevista, en este caso a testigos comunes y corrientes de los hechos. Esto nos podrá parecer trivial hoy en día, pero es notoria, novedosa y hasta cierto punto revolucionaria, la irrupción de la voz del ciudadano de a pie, especialmente en esferas públicas tan elitistas como las de América Latina de finales del siglo XIX.

La mayor proporción de sucesos mediáticos lo conforman, sin embargo, las noticias judiciales. Los redactores de *La unión* son los pioneros en explotar este filón en el periodismo salvadoreño. Las noticias judiciales, especialmente de los hechos de sangre ligados a “crímenes de pasión”, comenzarán a poblar sus páginas. En los competidores esta línea de cobertura está totalmente ausente, por lo menos eso se puede extraer de un cotejo con otro periódico prestigioso del momento, *El pabellón salvadoreño*, en las fechas en que *La unión* reporta los crímenes más sonados. Aunque el tema no se discute abiertamente, se puede especular que el periodismo de ideas “serio” descarta la cobertura de este tipo de sucesos, pues considera que pertenecen al ámbito de lo privado y, por ende, son incompatibles con el interés público. *La unión* tendrá, pues, que justificar sus incursiones en este terreno y lo hace acudiendo a argumentos muy interesantes, relacionados con debates que en otras latitudes se dan en el ámbito de la literatura. El 15 de noviembre de 1889 se inaugura una sección judicial denominada “La crónica del capitán Fracasa”, la cual tendrá, por cierto, una existencia efímera. Allí se justifica explícitamente esta línea de trabajo periodístico:

La prensa de los países civilizados de Europa y América, ha encontrado siempre un caudal inmenso de publicidad en los asuntos que se debaten ante los tribunales de justicia. Los órganos de la prensa universal más acreditados consagran secciones especiales para tratar esta clase de asuntos y el periodista encuentra en ellos un gran material para revelar a los pueblos esos dramas sociales y humanos de la vida real que se perderían en los anaqueles de los archivos judiciales si no viniera la prensa a

arrojarlos a la publicidad y a sacar de ellos provechosas enseñanzas para la moralidad y las costumbres de los pueblos. (3)

Se trata no sólo de seguir el camino de los países más avanzados, sino de extraer una lección para la moral pública de estos hechos privados. Es curioso cómo esta línea de justificación se aproxima a la de la novela social o realista europea del siglo XIX, cuando se trataba de justificar el retrato de los aspectos sórdidos y negativos con un fin socialmente útil. En cierto sentido, lo judicial representa la emergencia de lo “social” a una vida pública excesivamente centrada en lo político.

Este paralelismo entre la vida cotidiana y lo novelesco lo encontramos más de una vez en el periódico. Por ejemplo, cuando se relata en dos entregas (13 y 14 de noviembre de 1889) un drama pasional en la pequeña población de San José Guayabal. En la edición del 13 de noviembre se nos relata con detalle cómo el maestro de la escuela de varones hiere de bala a la maestra de la escuela de niñas y luego se suicida:

Hay dramas, tragedias [sic] que se desarrollan en la sombra y que nadie o muy pocos saben; cuando más son los tribunales de justicia los que están al tanto de la verdad.

Si fuéramos a registrar causas, a remover expedientes, a escudriñar procesos, encontraríamos a cada paso la huella dramática, el comienzo de una novela, el esbozo de un cuadro trágico.

La crónica del crimen abunda en episodios romancescos. Con frecuencia sucede que el que veis sentado en el banquillo de los criminales, de los que ruedan al abismo fatal empujados por la ola negra, han sido al principio de su vida buenos, honrados, generosos. Han amado, han sufrido: en días mejores sopló sobre su frente un aura bonancible. Soñaron al calor de ideas generosas.

Después, por uno de esos inexplicables secretos que guarda el destino en sus negras urnas, aquel hombre, de manso, de apacible, se trueca en un sombrío criminal.

¿Qué viento de lo desconocido ha llenado de tinieblas esa alma? ¿qué soplo fatídico ha apagado en ese espíritu la llama de la virtud?

La justicia humana, en sus imperfecciones, es a veces terrible. Su mano de hierro cae de igual manera sobre el culpable que sobre el inocente.

La mirada atenta del observador llega hasta el fondo de las cosas: inquiera, indaga, compara y saca de allí reflexiones que le facilitan el camino de la verdad. (3)

El periodista solicita del lector lo mismo que la novela realista: la construcción de una mirada inquisitiva que, apoyada en los discursos de la “ciencia”, pueda restablecer el





sentido de los datos confusos y sórdidos que nos entrega la realidad (véase Villanueva). En cierta medida, son estos discursos los que vienen a inaugurar la dimensión de “lo social” en la vida pública, antes prácticamente restringida a lo político. Recordemos que la novela realista y, en particular, el Naturalismo, comienzan a explorar las zonas oscuras de las sociedades en proceso de modernización y a detectar los nuevos males que éste introduce.

Este paralelo con el Realismo aparece en una breve noticia del 16 de noviembre de 1889 donde se comenta un pleito entre comadres de la pequeña localidad de Tonacatepeque, a la que se titula como “una escena realista”: “Decididamente, en la exaltación de las pasiones, hay hijas de Eva que son capaces de llegar al más refinado *realismo* para saborear ese fruto venenoso, pasto de los dioses según algunos, que se llama venganza” (3).

Pero la evidencia más clara entre la noticia judicial y la sensibilidad que están introduciendo el Realismo y el Naturalismo la encontramos en una nota del 20 de enero de 1890 donde se refieren las celebraciones que recibió Rubén Darío por parte de la oficialidad y la intelectualidad en ocasión de su cumpleaños. Gustavo Ortega, taquígrafo de *La Unión*, hace una reseña de literatura francesa y propone un brindis “por el jefe de la escuela naturalista de Francia” (1), es decir, por Émile Zola, lo que provoca cierto revuelo entre la distinguida concurrencia. Recordemos que por esos años intelectuales como Francisco Gavidia y Francisco Castañeda habían dado a luz elaboradas discusiones sobre ese movimiento literario en revistas como *El repertorio salvadoreño*, publicación de la Academia de Artes y Bellas Letras. Este dato nos ayuda a comprender la importancia que se le da a esta escuela artística en un país donde no se había publicado todavía novelas. La sensibilidad naturalista se hacía presente por la cultura impresa y el establecimiento intelectual letrado, de los cuales Gavidia constituía un tardío pero prestigioso líder, y, por lo tanto, la percibía como una amenaza. Para estos intelectuales el espacio de la literatura y el periodismo debían ponerse al servicio de un proyecto racionalista de civilización, función que implicaba una clara diferenciación y jerarquización de temas y géneros discursivos.<sup>11</sup>

La mirada sobre la realidad que el Naturalismo y su manifestación local, el sensacionalismo periodístico, proponen es algo que incomoda a estos intelectuales tradicionales, pero es un recurso que *La unión* insiste en emplear con el afán de conquistar nuevos lectores. A lo largo de sus escasos ocho meses de vida el diario cubre con distintos grados de profundidad al menos diez hechos de sangre. Estos reportajes nos entregan una información muy rica sobre “lo social” en la vida salvadoreña del siglo XIX, a la vez que nos dan indicadores de los discursos desde los que se trataba de hacer sentido

<sup>11</sup> Según la tipología que elabora Jacques Rancière, los polígrafos letrados estarían más cerca de un régimen representativo de las artes que del régimen estético del arte que supone la literatura moderna.



de estos hechos: por ejemplo, las teorías criminológicas de Lombroso que se ocupan para explicar las tendencias suicidas hereditarias que explican la muerte del portero de la Universidad Nacional, en misteriosas circunstancias, cuando estaba en compañía de un joven de familia distinguida.<sup>12</sup>

Un hecho judicial que es seguido con mucho detalle y en varias entregas (entre el 31 de enero y el 5 de febrero de 1890) es el caso de Bernarda Ángel. A esta mujer se le acusa de haber asesinado a su compañero de vida, Manuel Orantes, destacado miembro de la Sociedad de Artesanos en San Salvador. La cobertura de este hecho tiene todas las características del periodismo amarillo. Es importante notar que no pertenecer a la élite social hace que la vida privada de estos individuos pueda ser objeto de contemplación morbosa por parte de los lectores del periódico. Así, se van creando expectativas diarias sobre el progreso de las investigaciones y la inminente detención de la acusada. Cuando finalmente es capturada, Rubén Darío, Tranquilino Chacón y Gustavo Ortega acuden a la cárcel de mujeres, donde ella les relata su versión de los hechos, la cual es transcrita tratando de respetar el estilo oral de la informante.<sup>13</sup>

La cobertura de este “hecho” que *La unión* se encarga de crear a través de estrategias que espectacularizan la realidad exhibe una riqueza de registros discursivos y de tópicos. Mientras este suceso de sangre es narrado desde la óptica “objetiva” del *repórter*, éste invoca estereotipos misóginos para caracterizar a Bernarda Ángel, a quien se pinta como una “tigresa”, como una mujer histérica fácilmente presa de bajas pasiones como los celos. Se convierte, pues, en un caso emblemático del tópico misógino del peligro social que representan las mujeres a quienes no se mantiene confinadas en el espacio privado y sometidas por la autoridad patriarcal. Por el contrario, a su víctima, Manuel Orantes, se lo idealiza como ciudadano “ejemplar”, como miembro de la clase “obrera” progresista que se identifica con los valores dominantes de laboriosidad y emprendimiento: “Habíase captado las simpatías del gremio de los artesanos, con su genial bondad y con su entusiasmo nunca desmentido por el progreso de la clase obrera”.<sup>14</sup>

Sin embargo, los dispositivos y tópicos de la representación cambian en la última entrega, cuando mudamos de género discursivo. De la nota sensacional pasamos entonces al testimonio, a la confesión, es decir, a la autodiégesis “novelada” de la acusada, recogida por los periodistas. En este relato se nos recrea un patético cuadro de abuso doméstico y de exclusión social a la que se condena a Bernarda Ángel por su condición de concubina del nuevo rico. Bernarda había sido la compañera de vida de Manuel, a quien le había ayudado con sus propios recursos y trabajo a levantar su negocio, pero

<sup>12</sup> Esto lo encontramos en una nota publicada en la primera página de la edición correspondiente al 21 de diciembre de 1889.

<sup>13</sup> Este relato ocupa las dos primeras páginas de la edición del 5 febrero de 1890.

<sup>14</sup> Esto aparece en la primera página de la edición del 1 de febrero de 1890.

cuando éste goza de una condición más próspera decide remozar su nombre contrayendo matrimonio con una joven de mejor familia e intenta deshacerse de Bernarda. La acusada termina alegando que no es responsable de la muerte de su compañero, sino que éste habría cometido suicidio. En resumen, este “hecho mediático”, independientemente de las intenciones de sus autores, logra ofrecernos una radiografía muy interesante de los sectores medios-bajos de la capital salvadoreña. Se detecta además una ambigüedad inherente de la voz autorial del periodismo sensacional que oscila entre el estereotipo y la exploración de nuevas zonas de la vida nacional. El anonimato de la autoridad del nuevo periodismo se aproxima así al de la literatura realista al posibilitar estas zonas de indeterminación impensables en la configuración letrada tradicional. Por esa razón, trabajos de esta índole resultan valiosos porque nos muestran la copertenencia de la nueva visión del periodismo y de la literatura moderna, que es capaz de redirigir la mirada a dimensiones de la realidad antes inexploradas. Hay un nuevo modo de escritura emanada de un nuevo régimen estético del arte que supone la generación de un nuevo régimen de visibilidad, para emplear la terminología de Jacques Rancière.

#### LA CRÓNICA Y LA INVENCION DE LO COTIDIANO

En los cruces más explícitos del periódico con el ámbito literario debemos señalar que, por un lado, sus páginas incluyen poemas y cuentos del propio Darío, de autores extranjeros reconocidos o de poetas modernistas salvadoreños como es el caso notable de Vicente Acosta. También aparecen varios relatos firmados por Stella, pseudónimo con que firma Rafaela Contreras, quien llegará a desposarse con Darío. Al igual que muchos de los periódicos antecedentes, *La unión* publica una novela-folletín luego de las últimas informaciones. Todas son obras de autores extranjeros con prestigio bien establecido en el mundo literario de la época.<sup>15</sup> Era un espacio que no se prestaba tan fácil a experimentos literarios locales. Más trascendente es, en consecuencia, la creciente presencia de la crónica. Ello nos revela la novedad de la propuesta cultural del periódico y el carácter moderno de su visión de la escritura que tanto llegará a impactar a jóvenes lectores como Arturo Ambrogi.<sup>16</sup> *La unión* es pionera en introducir este género híbrido entre periodismo y literatura, que juega un papel tan importante para comprender la cotidianidad finisecular en las ciudades latinoamericanas. Como hemos mencionado anteriormente, la crónica inaugura un nuevo tipo de autoridad cultural que comienza

<sup>15</sup> Las novelas que verán luz en sus páginas son: *Juan Mornas*, de Jules Claretie; *Han de Islandia*, de Víctor Hugo; *Tartarin de Tarascón*, de Alphonse Daudet; *¡Hijo mío!*, de Salvador Farina, versión castellana de María de La Peña.

<sup>16</sup> Ver “Historia de mi primer artículo”. Allí afirma su autor que *La unión* fue su primera inmersión a la modernidad literaria.



a distanciarse de la tradición letrada y anticipa la literatura moderna (véanse Rotker y Ramos).

El género de la crónica es heterogéneo y tiene diversas manifestaciones: revistas de teatro, recensiones de libros y reflexiones sobre aspectos de la vida de San Salvador como la celebración del Día de los Muertos o la fiesta del Día de la Cruz. Algunas de estas crónicas son firmadas por pseudónimos como Puck, Flirt y Concha.<sup>17</sup> Otras aparecen firmadas por Tranquilino Chacón, por el mismo Darío y por otro colaborador asiduo del periódico, el diputado sonsonateco Rubén Rivera, o el literato Miguel Plácido Peña. Si las noticias judiciales, donde ocasionalmente entra la crónica, dan visibilidad a lo social, la crónica pareciera por su parte dar ingreso a lo cultural, pero no sólo en el sentido más restrictivo de las manifestaciones de la cultura letrada, sino en un sentido más amplio, el antropológico, que remite a la cotidianidad y que será el tema del giro “vernáculo” de literatura nacional de la primera mitad del siglo xx.

Bajo el apartado “vida en San Salvador” aparecen varias crónicas que recogen aspectos cotidianos de la vida de la capital, de sus espacios más conocidos, de sus personajes emblemáticos. Una de las primeras crónicas de este apartado está dedicada a “La fiesta de los muertos” (8 de noviembre de 1889) y aparece firmada bajo el pseudónimo de Chic. Desde el punto de vista estilístico esta crónica es menos elaborada e incluye largos pasajes de enumeraciones de los mausoleos de las familias acaudaladas o personajes ilustres o de apuntes al vuelo, como si se tratase de la libreta de apuntes de un *repórter*. Su tema es una celebración tradicional de la ciudad capital, pero no la enfoca desde una perspectiva nostálgica, sino en una lógica de instantáneas, tratando de recoger el abigarrado y discontinuo flujo de sensaciones de un testigo, una especie de *flâneur* que se desliza en la multitud:

Seis y media. Confusión, murmullo, señales de partida. Después de oír las músicas ad hoc que tocaba la banda a la entrada del Cementerio, y cuando ya el sol se ponía, la concurrencia empezó a regresar. Pasaban coches cargados de paseantes, y gran muchedumbre de gente de a pie. (1)

El narrador también busca detalles sensacionalistas típicos de las diversiones populares del siglo xix. Con ellos pretende impactar a sus lectores, como cuando menciona al hombre momificado que se exhibía en el anfiteatro del cementerio:

Yo vi el cadáver y confieso que causa una impresión extraña y terrible, con su color negruzco, barnizado, estirado, en una actitud macabra, como los muertos de las pesadillas. Pero la gente es curiosa, y en la puerta del anfiteatro era el atropellarse y el forcejar por ver primero el difunto conservado. (1)

<sup>17</sup> Podemos aventurar que Concha es un anagrama del apellido de Tranquilino Chacón.

Más acabada estilísticamente es la crónica de Rubén Rivera que se publica el 29 de marzo el siguiente año: “Las alegres temporadas a orillas del mar”. Es una crónica que trata sobre las diversiones de la élite sonsonateca, pero también un texto nostálgico donde se establece un corte temporal entre el presente desde el que se narra y un pasado idílico, cuando las vacaciones eran una verdadera experiencia donde se podía recuperar la armonía con la familia y la naturaleza en las excursiones a las playas de Acajutla. Esto contrasta con un presente degradado:

Ahora la temporada ha perdido toda aquella su gracia primitiva, aquel aire de andar; y los bañistas se van a Acajutla en ferrocarril por la mañana para volverse en la tarde, a hospedarse en el incómodo y feo pueblo que llamamos “El Muelle”, a bañarse en la más fea todavía y estrecha playa del “Indio” que muy a propósito es para que se ahogue no solo un indio, sino un millar; playa de la cual si uno sale con la cabeza rota al andar contra los arrecifes que allí abundan [...] Bien podría tomarse esto como una protesta contra el progreso que nos ha traído el ferrocarril a todos los occidentales; pero, lectores, la protesta es solamente contra el pésimo gusto de los temporadistas. (1)

Es interesante ver en este fragmento cómo esta ruptura temporal que se introduce en la mirada nostálgica permite establecer una distinción entre las formas de vacacionar de buen gusto propias de las buenas familias, y del mal gusto de los advenedizos a los que la modernidad –en este caso se menciona el transporte por ferrocarril– les abre la puerta del ocio.

La crónica de Chic se preocupa por recoger la mayor cantidad de impresiones que el cronista puede captar en el tiempo de su visita al cementerio. Su forma pretende ser fiel a este flujo caótico e intempestivo de sensaciones, y el narrador se abstiene de la función editorial. Por otra parte, la crónica más elaborada de Rubén Rivera ejerce más ostensible la función editorializante y le permite establecer un terreno de distinción social en prácticas cotidianas modernas como el ocio y las vacaciones. Esta legitimación no es sólo de la clase a la que pertenece, sino de la posición de privilegio cultural desde donde contempla y enuncia. Sin embargo, es importante mencionar que, tanto en uno como en otro caso, la crónica abre un espacio de visibilidad en el ámbito público para dimensiones de la cotidianidad moderna que la configuración letrada no consideraba.

#### CONCLUSIONES

No es infrecuente encontrar invocaciones nostálgicas del antiguo periodismo de ideas, propio de la configuración letrada, y a identificar al nuevo periodismo con la degradación del debate público. Sin desestimar los peligros y vicios de la espectacularización de lo público que introduce el nuevo periodismo de información, especialmente en aspectos como el sensacionalismo o la crónica trivial, no debemos olvidar que estos cambios



en la esfera pública traen consigo la ampliación del horizonte de experiencias sociales representadas en la esfera pública y una democratización del régimen de visibilidad con respecto a la esfera cultural letrada.

Con cierta frecuencia también se coloca a todo el espectro de productores literarios bajo la etiqueta de “letrados”, olvidando que ya hacia finales del siglo XIX se da una fractura y una disolución de la república de las letras en América Latina.<sup>18</sup> Esta fractura marca el ascenso de la figura de los escritores conocidos como modernistas, en detrimento de los polígrafos letrados. Pero se trata de mucho más que de un relevo generacional. Lo que ocurre en realidad es un cambio de autoridad cultural. Este cambio de autoridades está íntimamente imbricado con las mutaciones en las expectativas de progreso que produce la expansión capitalista y la introducción de la tecnología en el ámbito de la subjetividad hacia finales de siglo XIX; pero también obedece a procesos culturales de mayor profundidad. Este es un fenómeno global que afecta muchas regiones, independientemente de lo incipiente o precario que fuera el nivel de industrialización. Esto, al menos, es lo que he intentado mostrar en el caso salvadoreño.

Si nos ubicamos en el lugar del lector de periódicos como *La unión* nos encontraremos ante una perspectiva frente a la realidad que es claramente moderna. El enfrentarse ante un flujo de estímulos cada vez más diverso y confuso, que tienden a dispersar la subjetividad en una multiplicidad de posiciones, y que reclaman, la mayor parte de las veces sin éxito, la intervención de discursos trascendentes como la ciencia o el arte. El “nuevo” periodismo finisecular es un factor decisivo en la instauración de un régimen estético del arte. Las páginas de los periódicos –y nos referimos no sólo a las crónicas más deliberadamente literarias, sino también a espacios más pedestres como las noticias judiciales– son factores decisivos en esa distribución de lo sensible que abre nuevas posibilidades de enunciación más allá de las ideadas por los apóstoles ilustrados de los proyectos civilizatorios criollos. En este sentido los modernistas, lejos de ser los intelectuales orgánicos de las oligarquías, vienen a resultar mucho más audaces y transgresores de lo que jamás sospechamos.

<sup>18</sup> En este sentido, el trabajo de Julio Ramos sigue siendo particularmente esclarecedor. Véase el capítulo “Fragmentación de la república de las letras” de *Desencuentros* 75-112.



## BIBLIOGRAFÍA

- Ambrogi, Arturo. "Historia de mi primer artículo". *Crónicas Marchitas*. San Salvador: Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación, 1962. 73-81.
- Alemán Bolaños, G., ed. *Días salvadoreños de Rubén Darío, texto de lectura para institutos, colegios y escuelas de El Salvador*. Selección y enlaces por G. Alemán Bolaños. Edición patrocinada por el Presidente de la República, General Don Salvador Castaneda Castro. Guatemala: Hispania, 1946.
- Alvarenga, Patricia. *Cultura y ética de la violencia: El Salvador, 1880-1932*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 1996.
- Benjamin, Walter. *Poesía y capitalismo. Iluminaciones 2*. Madrid: Taurus, 1998.
- Berman, Marshall. *All That Is Solid Melts Into Air: The Experience of Modernity*. Londres: Verso, 2006.
- Browning, David. *El Salvador, la tierra y el hombre*. San Salvador: Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación, 1975.
- Chacón, Tranquilino. "Juventud de Rubén Darío". *De ayer y de hoy*. Por Tranquilino Chacón Chaverri y Euclides Chacón Méndez. San José: Imprenta Alsina, 1930. 115-33.
- Darío, Rubén. *Autobiografía*. Madrid: Mundo Latino, 1920.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. *Modernismo*. Barcelona: Montesinos, 1983.
- Herodier, Gustavo. *San Salvador, Esplendor de una ciudad (1880-1930)*. San Salvador: Fundación María Escalón de Núñez/ASESUISA, 1997.
- Huezo Mixco, Miguel. "Aprendizajes del joven Darío". *Vuelta* 260 (1998): 16-18.
- Kracauer, Siegfried. *The Mass Ornament. Weimar Essays*. Thomas Y. Levin, trad., ed. e intro. Cambridge, MA: Harvard UP, 1995.
- La unión*. Periódico de frecuencia diaria (San Salvador, 7 nov. 1889 – 9 junio 1890). [Edición localizada en la Sección Colecciones Especiales de la Biblioteca Florentino Idoate, s. j., de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, El Salvador].
- Lauria-Santiago, Aldo. *Una república agraria, los campesinos en la economía y la política en el siglo XIX*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2003.
- Lindo Fuentes, Héctor. *La economía de El Salvador en el siglo XIX*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2002.
- López Vallecillos, Ítalo. *El periodismo en El Salvador*. San Salvador: UCA, 1987.
- Montaldo, Graciela. *La sensibilidad amenazada: tendencias del modernismo latinoamericano*. Caracas: Planeta Venezolana/CELARG, 1995.
- Rama, Ángel. *Rubén Darío y el Modernismo*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1970.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. Santiago de Chile: Cuatro Propio; San Juan de Puerto Rico: Callejón, 2003.



- Rancière, Jacques. *Le partage du sensible: esthétique et politique*. París: La Fabrique, 2000.
- Rotker, Susana. *La invención de la crónica*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Sarlo, Beatriz. *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920-1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988.
- Simmel, Georg. “Las grandes urbes y la vida del espíritu”. *El individuo y la libertad: ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Península, 1986. 247-61.
- Villanueva, Darío. *Theories of Literary Realism*. Albany: SUNY P, 1997.

